

ponerla en duda aunque sólo sea por su contacto con aristócratas como el Duque de Osuna y el de Medinaceli.

La segunda cuestión es el tan debatido antijudaísmo de Quevedo. A la luz del nuevo texto recuperado sí creo que se puede, y debe, hablar de antijudaísmo quevediano y no solo instrumental, incluso cruelmente racista y no solamente con el rey o el ministro (como sugiere Ghia) sino con pueblos enteros como el hebreo o el catalán. Es, sin embargo, una idea colateral en Ghia y que ya he tratado en este primer número de *La Perinola*.

El texto de la *Execración* era desconocido por el autor de *Il pensiero politico di Francisco de Quevedo* por lo que todas mis argumentaciones basadas en él deben aplicarse desde hoy y no en el momento en que se escribió este magnífico ensayo. Como se ha visto, he reflexionado sobre distintos aspectos de la obra y la vida de Quevedo a raíz de la lectura de Walter Ghia. Ya no sería poco un libro que sugiriese tantas ideas. Pero, por fortuna para los quevedistas, el escritor italiano va más allá y plantea una interpretación novedosa y audaz sobre la obra de Quevedo y su relación con la ideología europea dominante.

Santiago FERNÁNDEZ MOSQUERA

Krabbenhoft, Keneth, *El precio de la cortesía. Retórica e innovación en Quevedo y Gracián*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, 133 pp.

El título de este breve estudio puede tal vez inducir a error ya que poco o nada trata de la cortesía ni de su precio. «El precio de la cortesía» no es más que una sinécdoque de la parte por el todo ya que un breve apartado hacia el final del ensayo de Keneth Krabbenhoft lleva ese epígrafe, espigado en el *Oráculo Manual*: «vender las cosas a precio de cortesía», fórmula sofisticada con la que Gracián renueva la trivial observación de que la cortesía con que se dan las cosas realza el valor del don. El sugestivo rótulo del libro de Krabbenhoft carece pues de justificación obvia, a menos que veamos simbolizada en esta expresión, «el precio de la cortesía», una tesis implícita acerca de las dos obras clásicas que constituyen materia estudiada en el libro, la *Vida de Marco Bruto* de Quevedo y el *Oráculo Manual* de Gracián, en tanto que ambas profesarían una audaz alianza doctrinal entre mercantilismo y prudencia cortesana. Pero esta tesis que formulamos no pasa

de ser una hipótesis de lectura, sin verdadera base en las declaraciones del autor.

De hecho, la principal idea que preside a la concepción del ensayo de Keneth Krabbenhoft consiste en trazar un paralelo entre estas dos obras, *Vida de Marco Bruto* y *Oráculo Manual*, que nadie hasta ahora había aproximado, que sepamos, con tanta insistencia. Y la verdad es que la unión sacramental de esta pareja no se impone a primera vista como muy necesaria. Es cierto que ambas obras, separadas por muy pocos años, tienen en común el presentarse como una sucesión de textos breves seguidos por un comentario más o menos extenso. Pero en el caso de Gracián se trata de aforismos o reglas de conducta, en el de Quevedo de frases narrativas, extractadas del relato biográfico de Plutarco. También es cierto que las dos obras se ocupan de cuestiones de prudencia político-moral, se proponen aleccionar al individuo interesado por el medro cortesano o la conquista del poder; pero esta finalidad, común a tantos textos de la misma época, no justifica una alianza tan estrecha y un cotejo tan perseverante entre ambos libros. Opinamos por nuestra parte que los núcleos de la reflexión de Quevedo en la *Vida de Marco Bruto*, o sea las aporías morales que plantean las fidelidades contradictorias al padre y a la patria, a sí mismo y a la propia causa, al bien que perseguimos y al mal que utilizamos, no coinciden en absoluto con el objetivo central del *Oráculo* de Gracián, que consiste en dictar la mejor estrategia para ser persona, para ser alguien en el mundo. El pueblo, el tirano, los conspiradores, los leales y los traidores, los buenos malos y los malos buenos, todos estos papeles que animan dramáticamente el texto de Quevedo están ausentes del texto de Gracián, donde aparecen en cambio, como principales actores, el individuo que aspira al dominio de la prudencia y el resto del mundo, compuesto de émulos o de clientes en potencia. Ni por el pensamiento ni por la escritura se trata de obras evidentemente hermanadas, ya que el aticismo llevado hasta el laconismo de que hacen gala es también el resultado de una estética que comparten con gran parte de los escritos de su tiempo. Uno de los fallos, o por lo menos de los problemas no resueltos del trabajo de Keneth Krabbenhoft, reside en la ausencia de justificación introductoria de su decisión de dedicar un estudio paralelo a ambas obras.

El libro se divide en dos partes que llevan títulos tan sugestivos como el conjunto: «Ratio dispositionis» para la primera parte y «Ratio inventionis» para la segunda parte. La exploración de la *dispositio*, en lo que atañe al *Marco Bruto*, consiste en recordar la organización aparentemente desequilibrada de la obra en tres partes desiguales, de las cuales sólo la primera sigue, al modo de libre comentario, el hilo de la biografía del héroe. El esfuerzo por mostrar la necesidad de

esta composición no resulta en exceso convincente, más allá de la unidad temática obvia, ya que las tres partes debaten de los temas de la conspiración y la tiranía. En cuanto a la disposición del *Oráculo Manual* de Gracián, Kenneth Krabbenhoft se propone mostrar que la serie de los trescientos aforismos forma una unidad original basada en un «modo de ordenación» predominantemente antitético: «el epítome o sentencia alterna con la extensión relativamente amplia del comentario, los dos unidos por el estilo lacónico» (p. 44). Esta tensión antitética se refleja en el título, basado en la paradójica asociación de lo manual y lo oracular, que Krabbenhoft comenta copiosamente (pp. 38 y ss.) recurriendo al análisis de un interesante frontispicio de la traducción latina de la obra. Se refleja también este movimiento antitético en el contraste entre la originalísima composición del *Oráculo Manual*, y su denegación en la declaración proemial de Lastanosa, que presenta el libro como una compilación de sentencias sacadas de los libros de Lorenzo Gracián. Esta afirmación doblemente engañosa, por la pseudonimia y por hacer del libro una obra de segunda mano, un trabajo de lector más que de creador, disimula la “novedad” de la obra, que reside, afirma Krabbenhoft, en exhibir «la radical autorreferencialidad del libro de prudencia» (pp. 55-56), o sea, sin duda, en la audaz decisión de comentar las propias sentencias como si procedieran de la voz impersonal de una inmemorial sabiduría.

En cuanto a la segunda parte del ensayo, «Ratio inventionis», el título escogido parece proceder más bien de una búsqueda de simetría que de una necesidad interna. Muy poco se habla en efecto en esta parte, pese a ciertas apariencias, de la invención en sentido retórico del término. Esta segunda parte se subdivide a su vez en dos secciones que a nuestro modo de ver no tienen gran relación entre sí. La primera, titulada «La antítesis», muestra el papel fundamental que esta figura desempeña en la concepción y la escritura de las dos obras. Se trata sin embargo de una observación tan evidente y además tan generalizable a todas las obras de ambos autores y a casi todas las obras de prosistas españoles barrocos que no se ve muy bien qué conclusiones pueden extraerse de la descripción de unas pocas antítesis tomadas de estos textos en especial. Por lo demás, el estudio de la antítesis en el *Marco Bruto* presenta interesantes observaciones sobre la originalidad del trazado del personaje de Porcia en Quevedo, pero no queda clara la relación entre los rasgos singulares del personaje y la cuestión planteada.

La segunda sección de esta segunda parte del ensayo dedicada a la *inventio* se presenta como el estudio de algunos tópicos que serían comunes a ambas obras: el espejo, el parentesco, la estatua y la moneda. Se trata de temas tratados explícitamente o bien de metáforas recu-

rrentes. Ahora bien, ni los temas específicos de un texto ni las redes metafóricas que sustentan su escritura tienen a nuestro parecer relación alguna con la "invención" como cuerpo de doctrinas y técnicas incluido en la disciplina retórica. Como sabemos, la invención tiene por objeto la determinación de los métodos generales para hallar argumentos sobre un tema cualquiera. Además, el acercamiento de las obras sobre esta base resulta artificial; como se desprende claramente del mismo estudio de Krabbenhoft, el parentesco y la estatua conciernen más bien al *Marco Bruto*, el espejo y la moneda al *Oráculo Manual*. Otro fallo de concepción, a nuestro entender, reside en que bajo estos epígrafes se agrupan fenómenos totalmente dispares. Poco tienen que ver las frecuentes metáforas monetarias y comerciales de Gracián basadas en una unificación de la doctrina de los valores que asimila el valor de la persona y el valor cuantificable sobre el que se funda la economía mercantil, y el reconocimiento por Quevedo de la importancia del interés material en el comportamiento conservador o revolucionario del pueblo. Poco tiene que ver, en *La vida de Marco Bruto*, la cuestión del parentesco, o más bien de la relación con el padre, crucial en la biografía del héroe, puesto que todo gira en ella en torno al asesinato del padre, y el uso reiterado por Quevedo del tema de la estatua, estatua que es siempre el compendio, el pretexto o el soporte de un discurso político, de un efecto de propaganda. En un caso se trata del conflicto esencial en torno al cual se anuda la acción, en el otro de un detalle de composición —muy bien observado desde luego por Krabbenhoft—, de un símbolo iterativo en el que se apoya una reflexión sobre los medios indirectos, cifrados, de comunicación política. Con acierto probablemente el autor busca establecer una relación entre la emergencia en los textos de soportes icónicos de un discurso "lapidario", medalla, moneda, estatua, y el laconismo de la escritura, pero no queda claramente situada la articulación de ambos aspectos.

En suma, la concepción global del libro de Keneth Krabbenhoft peca a nuestro entender de ciertas arbitrariedades e inconsistencias, que repercuten a veces en comentarios del texto algo forzados e incluso francamente gratuitos (véase por ejemplo los comentarios de citas del *Marco Bruto*, p. 104). Se trata sin embargo de un libro de gran erudición, donde afloran problemas de primera importancia y que contiene análisis parciales agudos y sugerentes. Su lectura, que impone a los especialistas de Gracián o Quevedo el agradable ejercicio de salir del marco de su autor de predilección, puede ser por ello fructífera.

Mercedes BLANCO